



El movimiento agroecológico en la lupa. Nuevas miradas y acciones para viejos recorridos

por Pablo Saravia Ramos

INTRODUCCIÓN

El debate sobre lo nuevo en los movimientos sociales interroga la teoría que se ha creado a su alero, así como su composición, relatos, recorridos y repertorios de protesta, es decir, abarca también la dimensión práctica de los referentes. En este juego teoría-práctica, el movimiento social agroecológico es un referente, entre otros, que permite debatir, cuestionar e interrogar las relaciones de subordinación que han existido entre estos dos mundos (teoría y práctica). Este debate sobre la novedad de los movimientos sociales contemporáneos se ha prolongado por los años y ha significado una profusa literatura sobre sus efectos en las perspectivas teóricas que trabajan esta temática (Santos 2001; Klandermans 2011; Melucci 2001a y 2001b; Villasante 2006).

Aquí lo nuevo, si se puede decir de esta forma, consiste en invertir la relación vincular y generar cuestionamientos y espacios creativos desde la práctica. Esto supone una serie de consideraciones epistemológicas que buscan recrear un espacio de producción política desde abajo modificando la lógica convencional del



universalismo, por otra fundada en una visión mucho más plural. Este giro ha sido identificado como una búsqueda por la construcción de un pluriversalismo de sentidos en oposición de la universalidad del proyecto de la modernidad (Grosfoguel 2008; Grosfoguel y Mignolo 2008; Césaire 2006). Es decir, se trata de superar la línea programática de la modernidad eurocentrada con la visibilización de otras formas de entender las relaciones políticas y el entorno.

Se hace necesario contribuir a la construcción de un nuevo referente epistemológico que permita dinamizar un conocimiento situado donde el sujeto social se entiende como parte protagonista del escenario creado. Teniendo en cuenta esta relación se interroga al movimiento agroecológico como un depositario de experiencias y prácticas que construyen relaciones vinculares entre una teoría en permanente construcción y una práctica asentada en la externalidad creativa de los sujetos en movimiento.

Este artículo se construye a partir de los insumos dados por dos estudios llevados a cabo en territorio y tiempos diferentes. El primero de ellos fue una investigación cualitativa de dos experiencias de cooperativas unitarias en Andalucía-España, Hortigas en Granada y La Acequia en Córdoba (Saravia 2012). Este estudio se llevó a cabo durante los años 2009-2012, con la aplicación de 48 entrevistas individuales en profundidad, 131 instancias de observación participante endógena (asambleas, trabajo en pequeños grupos, visitas a comisiones y grupos de trabajo) y la revisión de material secundario elaborado por las distintas cooperativas (diarios, informes, actas de asambleas, material de difusión, carta de principios y blog y páginas web). El segundo estudio, se desarrolló durante los años 2013-2014 y consistió en un análisis cualitativo de experiencias de agricultores agroecológicos en la Isla de Chiloé, Región de Los Lagos en Chile. En términos metodológicos se aplicaron 10 entrevistas individuales en profundidad¹.

Considerando este contexto este artículo pretende entender el movimiento agroecológico desde su diversidad territorial y política, utilizando para ello herramientas teóricas que provienen tanto de la sociología de las ausencias y emergencias (Santos 2013), como de la vasta y profunda literatura surgida de la teoría decolonial-modernidad.

CASOS DE MOVIMIENTOS AGROECOLÓGICOS OBSERVADOS DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LAS AUSENCIAS Y LA SOCIOLOGÍA DE LAS EMERGENCIAS

Como anticipamos este artículo se fundamenta en un trabajo de campo originado a partir de dos estudios de diferente naturaleza. El primero de ellos fue un

¹ Este estudio fue financiado en el marco del proyecto Iniciación-Fondecyt 11110020 llamado "Agroecología y agricultura orgánica en el sur de Chile: cadenas de valor y redes de gobernanza". Investigadora principal: Beatriz Cid Aguayo.



análisis de dos casos de cooperativas agroecológicas asentadas en Andalucía-España (Hortigas en Granada y La Acequia en Córdoba). Estos colectivos persiguen, entre otros aspectos, mayores niveles de soberanía alimentaria a través de la autogestión de huertas para la producción de hortalizas y frutales. Sus orígenes se remontan a los años 2004 (Hortigas) y 2005 (La Acequia) y nacen a partir de la gestión de un grupo de personas que están interesadas en gestionar alternativas para la producción alimentaria y la construcción de nuevas formas de participación política (Saravia 2014). Su alcance cuantitativo ha variado en el tiempo producto de los diferentes procesos internos por los cuales estos proyectos han transitado. En su momento de mayor crecimiento cada uno de ellos llegó a alcanzar una participación cercana o superior a las 100 personas.

Se trata de proyectos con una fuerte dimensión política donde, tanto los procesos de toma de decisiones como su modelo organizacional buscan reproducir formas democráticas más directas. En sintonía con esto último, estos proyectos utilizan la asamblea como el espacio donde se toman las decisiones tanto productivas como políticas. Éstas se toman en base a la construcción colectiva de consenso, respetando lógicas horizontales de participación. En cuanto a su modelo de funcionamiento ambas comparten lógicas muy similares. Se organizan en base a Grupos Autogestionados de Consumo (GAC) que son la referencia principal de participación y de organización para las personas. Estos GAC están compuestos por una cantidad definida de "cajas" o "cestas" que son las unidades de consumo que pueden ser gestionadas por una o más personas. Estas unidades son la medida para definir el reparto de verduras y el cumplimiento de las responsabilidades que implican la participación en los proyectos (Saravia 2015).

En el caso del segundo estudio que sirve como base empírica de éste artículo, se trata de una investigación a agricultores y agricultoras agroecológicos asentados en la isla de Chiloé (Región de Los Lagos) al sur de Chile. Estos se agrupan en una organización denominada "Chiloé Orgánico", que tiene representaciones en diversas regiones del país. A diferencia del estudio anterior, en este caso, la unidad de análisis fueron las propias experiencias individuales tanto de los y las agricultoras como de los y las dirigentes de la organización, por lo que la dimensión política organizacional no está tan presente.

A pesar de la distinta naturaleza de ambos estudios, ya sea por el tipo de investigación aplicada como por las evidentes diferencias surgidas de su asentamiento territorial, hemos podido construir una mirada que sobrevuele dichas distinciones. Esto con el objetivo de observar el desarrollo de un movimiento social que opera por fuera de la lógica de lo que podríamos llamar movimientos convencionales, como lo son el obrero o el estudiantil. En estos casos, tanto el acento como el proyecto u horizonte político es diferente. En las experiencias que exponemos se entiende el cambio social desde una perspectiva mucho más asentada en las lógicas de la política



cotidiana y no tanto desde una mirada que busca modificar estructuras de poder estatales o macropolíticas.

Considerando dichas particularidades, este artículo busca ser un ejercicio de observación de las dinámicas de estas experiencias a partir de las lecturas teóricas surgidas al amparo de las sociologías de las ausencias y las emergencias propuestas por Boaventura de Sousa Santos. Dicha sociología de las ausencias ha permitido pensar lo que está por fuera o alrededor del discurso totalizador y monocultural del progreso que ha producido varias formas de ausencias (Santos 2013). Este discurso hegemónico forma parte del proyecto de la modernidad eurocentrada que ha instalado una forma de mirar y pensar el mundo más allá de las particularidades de cada territorio y comunidad y más acá de una lógica uniforme y totalitaria. En este sentido, también tomamos como referencia el concepto de transmodernidad (Dussel 1992 y 2005) y su potencial interpretativo y como éste se construye a partir del reconocimiento de actores o experiencias que se sitúan en la externalidad del proyecto de la modernidad eurocentrada.

La primera de las ausencias que propone Boaventura de Sousa (2001) tiene que ver con la *monocultura del saber y del rigor del saber*. Las experiencias agroecológicas analizadas se construyen sobre prácticas diversas y multiformes, en el ámbito de la producción, distribución y consumo de alimentos las que modifican el orden de prioridades respecto de cómo se construye saber político y social. Son expresiones opuestas a la lógica de la ciencia moderna que define límites o fronteras que excluyen formas de conocimiento que persiguen otros principios y valores y que están asentadas en prácticas antiguas que estas experiencias intentan recuperar:

Entonces para hacerlo fácil te dicen, no tu eres un soñador y nosotros somos científicos, mentira por que el científico soy yo y el simplista es el otro porque está tratando de simplificar y dice que es ciencia, en cambio yo estoy poniéndole tema para la ciencia... (Dirigente agroecológico, estudio Chiloé).

Se trata de re-situar conocimientos y prácticas que el proyecto de la modernidad lanzó a los márgenes, en un ejercicio de violencia sacrificadora, conquistadora originaria, constitutiva y esencial (Dussel 1992: 176-177). Así el conocimiento que buscan recuperar estas prácticas agroecológicas, ha sobrevivido a esta violencia irracional de la modernidad eurocentrada, que ha tendido a invisibilizarlas y vaciarlas de sentido.

Ahora bien, este proceso de recuperación de prácticas no está siendo llevado de manera dogmática por las experiencias en estudio sino que por el contrario, existe un constante flujo de comunicación bi-direccional entre las experiencias y los saberes campesinos subordinados. Tanto la lógica de interrelación de los conocimientos y de la construcción de saber como su puesta en práctica da vuelta el modelo unidireccional y jerárquico originado por la modernidad eurocentrada y propone otro basada en la experiencia y experimentación constante en los territorios. Se trata por lo



tanto, de la construcción de alternativas que se enfrentan a la síntesis de poder de la modernidad eurocentrada y su discurso de eficacia del pensamiento científico moderno, que se entiende como la naturalización de las relaciones sociales, donde se construyen no sólo el orden social deseable, sino en el único posible (Lander 2000:4). A partir de aquí los componentes del sistema agroexportador intensivo se convierten en una ciencia convencional de carácter totalizador que pretende poblar todas las posibilidades de relación con el entorno productivo y los actores sociales que forman parte de él.

La segunda ausencia, tiene que ver con la instalación de la *monocultura del tiempo lineal*, que observa el tiempo con un sentido y una dirección únicos y conocidos. La idea hegemónica del progreso articula un modo de interpretar la temporalidad donde no existe posibilidad de retrocesos y quiebres en su proyecto de desarrollo, sino que por el contrario una única mirada hacia adelante. Así todo lo que queda por fuera de esta dirección temporal mantiene una relación asimétrica respecto de lo declarado como avanzado (Santos 2013). El reconocimiento de distintas temporalidades supone la recuperación de sus correspondientes formas de vida, manifestaciones y proceso de productividad (Tamayo 2011).

Desde esta perspectiva el pasado se encuentra en un sitio de poca claridad que no puede ser interpelado en la lógica lineal de futuro de la modernidad. Las prácticas agroecológicas dan vuelta este sentido temporal y son capaces de generar conocimiento, recuerdos y prácticas que recuperan lo hecho y practicado por generaciones pasadas. Se constituyen en actos transgresores que buscan recuperar una vinculación mucho más directa con la alimentación que modifique las lógicas de consumo convencionales del no gusto y de lo artificial.

...cuando entramos en La Acequia ya éramos consumidores de algunos productos ecológicos pero que el trabajar la tierra, el sentir la tierra, el probar esos alimentos nos ha hecho descubrir que alguna alimentación que tenemos olvidada, que nos hizo transportarnos cuando éramos niños, cuando los alimentos teníamos sabores, entonces a partir de ahí ha sido toda una revolución en la alimentación (Ex – militante de La Acequia)

Desde este escenario el cambio social propuesto tiene que ver con recuperar el control sobre lo que comemos y sus gustos y como esto está vinculado con una forma productiva específica y una herencia de sensaciones pisoteada por un tipo de proyecto inmediateista y artificial que mira hacia adelante. El recuerdo no es un ejercicio romántico de una añoranza por algo perdido, sino que es un dispositivo de poder que es capaz de vincular una sensación específica con la posibilidad real de retomar el gusto por lo perdido.

La tercera ausencia tiene que ver con una *lógica de la clasificación social*. La construcción de alternativas desde el movimiento agroecológico se basa en la elaboración de un referente que es capaz de solucionar aquello que el proyecto de



progreso de la modernidad eurocentrada no ha podido resolver, desde su sitio de superioridad. En términos alimentarios esto se refiere a la superación de viejos problemas sociales como el hambre o el más contemporáneo vinculado a la obesidad. Ambos fenómenos son el resultado de prácticas modernizadoras del sistema productivo y de las formas que se han transmitido como legítimas de consumir. Luego de un intenso debate que partió con la instalación de la llamada Revolución verde en la década de los sesenta es su propia institucionalidad internacional la que ahora llega a la conclusión de que las prácticas agroecológicas son una alternativa real y posible para la solución de dichos problemas sociales (De Schutter 2010).

Por lo tanto, aquello que el proyecto de la modernidad eurocentrada instala como mecanismos superiores de desarrollo, deja paso a prácticas inferiorizadas por éste, pero que están dando pruebas políticas y productivas de su enorme potencial.

La cuarta ausencia tiene que ver con la *lógica de la escala dominante*. Desde este escenario se sintetiza la ya antigua relación entre lo universal y global v/s lo particular y local. El accionar de las experiencias agroecológicas analizadas operan desde esta última dimensión al pretender rescatar saberes y prácticas asentadas en el espacio de lo local. Ellas han articulado iniciativas que buscan construir referentes inmediatos y de corto alcance en la gestión de la alimentación, como por ejemplo, el fortalecimiento de los canales cortos de distribución y lógicas de consumo más cercanas al entorno o territorio inmediato. Por lo tanto, se busca transformar la ilusión del comercio y la vida globalizada sin un sentido de pertenencia, proponiendo una forma de relato y de vida vinculada directamente a un espacio y tiempo controlado directamente por los sujetos en movimiento.

En consecuencia, el proyecto político del movimiento agroecológico pretende conquistar mayores niveles de autonomía y autogestión, a través del manejo propio de lo productivo, el fortalecimiento de canales cortos de distribución y la asimilación de las consecuencias (negativas y positivas) en el consumo, provocadas por las formas de producción tradicional que se quieren recuperar. De esta forma, se genera un contexto favorable para el aprendizaje de formas políticas diferentes y de visiones críticas sobre el medio local y global (Saravia 2011).

Una última ausencia es la que está vinculada con la *lógica productivista* que se fundamenta en los criterios de productividad capitalista. Bajo esta lógica el crecimiento económico es un fin racional e incuestionable que se aplica tanto a la naturaleza como al trabajo. La no existencia, es decir, aquello que se aleja de este discurso, es considerado estéril e improductivo (Santos 2013). Como apuntamos más adelante, a diferencia de este principio, las experiencias agroecológicas analizadas, entienden la productividad como un mecanismo que permite construir mayores niveles de soberanía alimentaria. Por lo tanto, se trata de un objetivo vinculado a la recuperación, por parte de los propios actores, del control sobre lo que comemos.

La producción alimentaria en el mundo está cruzada por este discurso productivista que busca poner el acento en el tema de las carencias alimentarias



derivadas de su disponibilidad. Sin embargo, ya son muchas las voces, incluidas las de la propia FAO, que han señalado que el problema de alimentación en el mundo no tiene que ver con la disponibilidad de alimentos, sino que es una cuestión de acceso y distribución. El dato en este sentido es claro: el mundo podría alimentar hasta 12.000 millones de personas, o sea, algo menos que el doble de la población mundial actual (Moore, *et al.* 2005: 28). Si a esto le sumamos los datos que dispone la misma FAO sobre el desperdicio de comida en el mundo el panorama es todavía más definitivo. Según un estudio encargado por esta institución se sugiere que alrededor de un tercio de la producción de los alimentos destinados al consumo humano se pierde o desperdicia en todo el mundo, lo que equivale a aproximadamente 1.300 millones de toneladas al año (FAO 2012). Parece evidente tanto el carácter irracional del principio de la productividad, como la necesidad de articular nuevos relatos sobre como dar cuenta de las necesidades, en este caso alimentarias, de la población. En este sentido, las experiencias agroecológicas han construido una serie de prácticas con una potencialidad política capaz de articular procesos reflexivos de cambio social.

Por otra parte, la sociología de las emergencias permite construir un marco donde entender las facetas más propositivas del movimiento agroecológico, que se traducen en la proyección de prácticas políticas concretas y plurales. No se trata exclusivamente de una mirada utópica sobre lo que se puede hacer, sino el reconocimiento a una forma específica y territorial sobre como solventar el tema alimentario y la falta de espacios de participación política. Por lo tanto, estas experiencias agroecológicas son el resultado de una experiencia con una historia y un contexto específico.

Cuando hacemos referencia a la dimensión concreta de estas experiencias, observamos como este tipo de proyectos se traducen en impactos que se reproducen directamente en y desde los actores en movimiento. Dentro de estos efectos cabe mencionar la reconfiguración de lo político desde el espacio cotidiano vinculado a la alimentación, la construcción de modelos de participación más tolerantes y pacientes, el aprendizaje de herramientas de acción política, un cuestionamiento a las formas de vida urbana y la revaloración del campo, la dimensión trascendental de habitar estas experiencias, la construcción de nueva subjetividades, cambios en las lógicas de consumo y la recuperación de la confianza en lo colectivo (Saravia 2015).

...me ha hecho ganar fe en montar un colectivo y que funcione (...), en tener repercusiones reales (...) sin responder a una organización que te viene dada de fuera, nosotros nos organizamos y hacemos que funcione y funciona y hacemos cosas y eso nos ha hecho ganar fe en la organización de base... (Militante de Hortigas).

Todos estos impactos hablan sobre la relevancia que adquiere la participación política de los actores en los referentes movimientistas y como esto se traduce en una gama amplia y plural de efectos cotidianos. El cambio social esperado se reproduce en



esta relación directa y bidireccional entre el actor y el movimiento. Esto se ve facilitado por la permeabilidad de la estructura organizacional que se diseña al amparo de las necesidades y requerimientos de las propias personas. Esta se va desarrollando según los actores van plasmando en iniciativas concretas, proyectos y anhelos que se vinculan directamente con la dimensión alimentaria pero también con el sueño de construir nuevos referentes políticos de participación.

Por otra parte, estas alternativas también son plurales porque tanto su origen como su desarrollo dan cuenta de una enorme diversidad de actores y trayectorias que se encuentran en el movimiento agroecológico y que determinan su configuración. En el caso del movimiento agroecológico donde se adscriben las experiencias andaluzas, el mapa de actores va desde experiencias colectivas neorurales y de okupación rural, hasta centro de formación y pensamiento institucionales como algunas Universidades u ONG. Un rápido repaso a estas facetas del movimiento agroecológico permiten entender su natural pluralidad: una de ellas se denominan como *"experiencias colectivas rurbanas"*; donde tienen cabida ocupaciones de tierras y edificios o espacios colectivos que incluyen actividades de tipo rural o agrario. También caben aquí experiencias de producción agroalimentario artesanal a menudo ecológica que se articulan en torno a las redes de los movimientos okupas. Un segundo tipo son los *"proyectos y movimientos en defensa del territorio"*; se trata de proyectos que se desarrollan en zonas urbanas (como críticas a la creciente urbanización) y en zonas rurales (como respuesta a la marginación en que estos territorios están inmersos). Un tercer tipo son los *"circuitos cortos de producción-distribución-consumo de alimentos de producción ecológica"*; estas iniciativas pueden ser un apoyo para la pequeña producción agraria y que reflexionan sobre el nexo entre la ciudad y el campo. Otra cara del movimiento agroecológico son las *"agrupaciones rurales o agrarias alternativas"*; que son organizaciones de productores/as que defienden la pequeña explotación, ya sea a través de sindicatos agrarios alternativos como por ejemplo, Asamblea Pagessa en Cataluña o cooperativas que dan asistencia a la producción y distribución de alimentos a través de circuitos cortos o alternativos de distribución como son los Pueblos Blancos en Cádiz o Terra Sana en Valencia, entre otras. Después encontramos las agrupaciones denominadas *"neorrurales y okupación rural"*; que son grupos más o menos grandes de personas que se trasladan al campo con un proyecto de autoabastecimiento económico. La sexta cara son las relacionadas con la *"investigación y formación"*; donde podemos encontrar grupos asociados al ámbito universitario y/o centros de estudios públicos o semipúblicos. Por último, están las *"ONG relacionadas con la soberanía alimentaria"*, que desarrollan sus actividades desde el ámbito local al internacional (Cruz, et al. 2006:10-12). Como vemos se trata de una tipología que evidencia la diversidad del marco donde se desarrollan estos colectivos convirtiéndose en una de sus características más importantes.



Estas experiencias agroecológicas además de reproducirse en un ámbito concreto de la realidad social, también construyen lazos aspiracionales de tipo utópico que se reflejan en sus objetivos de mayor alcance. Uno de los más claros y compartidos por las distintas experiencias tiene que ver con la idea de aspirar a la soberanía alimentaria:

Aspiramos a la autogestión de la alimentación mediante el cultivo de huertas y frutales y el trueque y/o apoyo mutuo con otros proyectos dedicados a la producción de alimentos. Con un modelo agroecológico pretendemos construir desde abajo nuevas relaciones entre campo y ciudad (Díptico de información de la Cooperativa Agroecológica Hortigas. 2005. Documento inédito).

Concebir la economía como instrumento y nunca como fin al servicio de otras relaciones humanas, y que engloba la utilización de sistemas alternativos de relaciones económicas, refuerzo de la soberanía alimentaria (rescate de semillas tradicionales), consumo responsable, crítico y solidario, fortalecimiento de redes locales de producción, vinculación con otras experiencias económicas alternativas, etc. (Carta de principios de la Cooperativa Agroecológica La Acequia. 2007. Documento inédito).

Como vemos ambas experiencias andaluzas de cooperativas agroecológicas aspiran a modificar nuevas relaciones con el entorno inmediato, como también a la elaboración de lazos de relación de nuevo tipo. Éstos están basados en intercambios que valoren el respeto mutuo, el fortalecimiento de redes y la visión crítica respecto del consumo alimentario y de las lógicas de participación política convencionales.

Además, este objetivo por conseguir mayores niveles de soberanía alimentaria lo traducimos desde el espacio de la utopía, ya que, su consecución total pasa por la modificación de lógicas y estructuras culturales y sociales muy arraigadas en las sociedades modernas occidentales. Es evidente que la agroecología, en cualquiera de sus facetas, no ha conseguido alcanzar niveles de impacto a gran escala, sino que más bien, sus efectos son reconocidos en contextos locales y parciales. Desde allí se verifican como experiencias capaces de lograr niveles de autogestión alimentaria relativa, dejando un espacio vacío a una serie de proyectos o formas de intervención que se pueden desarrollar en un futuro utópico cargado de potencialidades.

Además, estas experiencias se construyen considerando la importancia del cuidado como una forma de entender, desde la práctica, las relaciones humanas y los proyectos políticos. En el caso de los y las agricultoras chilotas, esto se evidencia en la importancia que adquiere el factor de la confianza en la creación de marcos institucionales para su certificación interna de productos como para entender la relación entre consumidores y productores:



Es la confianza nomas que ellos tienen que tener sobre nosotros porque igual tampoco, igual dice pero yo cómo puedo confiar si el producto es sano y ahí nosotros le comenzamos a contar que tiene que confiar nomás que nosotros somos personas que producimos sanos (Productora – Estudio Chiloé).

En este sentido, la confianza y, por lo tanto, su reproducción cuidadosa dentro del colectivo, se constituye en una herramienta de trabajo concreto que es capaz de resolver demandas específicas pero también es prenda de garantía cuando se trata de construir relaciones humanas cercanas y de nuevo tipo.

Por último, la sociología de las emergencias permite interpretar estas experiencias como alternativas políticas que son capaces de construir lenguajes, prácticas, repertorios y formas organizacionales que le son propias. A partir de ellas el espacio cotidiano de la comida se constituye en un lugar de transgresión en diferentes direcciones. Una de ellas tiene que ver con la posibilidad de romper con la dinámica de homogenización que ha caracterizado a los movimientos sociales convencionales. Esto porque internamente abren espacios para la disputa, el conflicto y la construcción colectiva real, lo que se traduce en la elaboración de marcos democráticos y de participación más cercanos a los actores y al espacio local. Se deja de lado el sueño de la conquista del poder institucional para anticipar una lucha por la conquista de nuestros cuerpos y destinos inmediatos.

En este sentido, la agroecología es un espacio para un cambio de nuevo tipo ya que se construye sobre la base de la acción y la reflexión política. Por lo tanto, el proyecto agroecológico, que encarnan estos referentes, es dirigido y reconducido por los actores. Ellos y ellas dan forma al sentido de las relaciones políticas y sociales, a sus marcos de acción, a las estrategias aplicadas, en definitiva al horizonte político que imaginan y sueñan.

La reflexión política también se traduce en una propia mirada de sí mismo que pone en valor los principios y perspectivas que hemos mencionado. En esta línea, es muy interesante exponer como uno de los colectivos de estudio define a la propia agroecología. Para Hortigas la agroecología es interpretada como una “herramienta”, una “actitud” y una “estrategia” que les permite incidir a diferentes niveles. Es una “herramienta” para la producción agraria que hace posible obtener alimentos mediante procesos de producción que tienen en cuenta las capacidades ecológicas del territorio. Basada en técnicas de cultivo que procuran la sustentabilidad del medio y de los recursos que se emplean, así como en la revalorización del conocimiento campesino adaptado a los agroecosistemas locales. También es una “actitud” a la hora de posicionarse ante un consumo que precisa de un pensamiento crítico y que considera las dimensiones políticas, sociales, éticas, ecológicas y económicas del mismo. Esta actitud crítica también es asumida cuando el proyecto se implica en otros procesos colectivos. Por último, la agroecología es entendida también como una “estrategia” de lucha social que trabaja de manera transversal y que reclama otras



formas de vida, una reestructuración del territorio y nuevas maneras de relación y organización (Cooperativa Agroecológica Hortigas, 2008: 36).

Por último estos “pequeños” espacios de crítica serían como especies de islas de funcionalidad transgresora (López y López, 2003: 76) que emplazan las dinámicas convencionales y construyen, desde la cotidianidad de sus prácticas, marcos relacionales, contenidos y sentidos particulares de sus propios recorridos colectivos. Por ello es que todas y cada una de estas experiencias, han contribuido desde su práctica política a la generación de alternativas locales y participativas.

CONCLUSIONES

Los diferentes procesos reflexivos que se pueden construir para mirar las experiencias del movimiento agroecológico interrogan tanto el marco general de desarrollo de la sociedad moderna occidental, como a las propias conformaciones convencionales de movimientos sociales conocidos. En este sentido, la reflexión sobre la novedad de los movimientos sociales no es tan trascendental como lo es la propuesta, prácticas, discursos y consistencias creadas a partir de la condición de alternativa de la agroecología para el cambio social.

La propuesta teórica de la sociología de las ausencias y las emergencias permiten observar esta condición con mayor claridad. A partir de ella se pueden articular debates sobre la consistencia de un movimiento que cuestiona una dimensión cotidiana de la vida moderna, como es la alimentación y sus diferentes aristas políticas y productivas. Desde esta dimensión, se estructura un proyecto de cambio asentado en lógicas territorializadas, donde el actor social y su comunidad es un componente protagónico de la relación creativa para el cambio social. No solo es sujeto de consulta y validación de un discurso construido por fuera de sus particularidades, sino que él mismo, se constituye en esa propia práctica desde donde construye miradas teóricas y políticas sobre su entorno inmediato.

Se trata de una nueva lógica de construcción de sentidos políticos asentada en una participación horizontal que construye anhelos y sueños desde una utopía reconocida como propia. Por lo tanto, se trata de un proyecto político que pretende recuperar el control sobre las decisiones que nos afectan a diferentes niveles, partiendo por lo alimentario y terminando en el amplio mundo de lo político.

BIBLIOGRAFÍA

Boaventura de Sousa S., 2001, “Los nuevos movimientos sociales”, *Revista del Observatorio Social de América Latina* 5, pp. 177-188.



Boaventura de Sousa S., 2013, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, LOM, Santiago de Chile.

Cruz A. et al., 2006, *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*, Virus Editorial, Barcelona.

Césaire A., 2006, *Discurso sobre colonialismo*, Akal, Barcelona.

Cooperativa Agroecológica Hortigas, 2008, "EducAcción: la educación como herramienta para la autogestión alimentaria", *Revista Ciclos* 20, pp. 35-39.

De Schutter O., 2010, *Informe del relator especial sobre el derecho a la alimentación*, Consejo de Derechos Humanos, ONU.

Dussel E., 2005, *Transmodernidad e Interculturalidad (interpretaciones desde la Filosofía de la Liberación)*, <www.afyl.org/transmodernidadeinterculturalidad.pdf> (20/04/2015).

Dussel E., 1992, *1492. El encubrimiento del Otro*, Antropos, Bogotá.

FAO, 2012, *Pérdidas y desperdicio de alimentos en el mundo – Alcance, causas y prevención*, Roma.

Grosfoguel R., 2008, "Hacia un pluri-versalismo transmoderno decolonial". *Tabula Rasa* 9, pp. 199-215.

Grosfoguel R. y Mignolo W., 2008, "Intervenciones Descoloniales: una breve introducción", *Tabula Rasa* 9, pp. 29-37.

Klandermans P.B., 2011, "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos", en E. Laraña y J. Gusfield (Editores), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 89-123.

Lander E. (ed.), 2000, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.

López D. y López, J., 2003, *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Melucci A., 2001a, *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Trotta, Madrid.

Melucci A., 2001b, "¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?", en E. Laraña y J. Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 189-223.

Moore Lappé F., et al., 2005, *Doce mitos sobre el hambre. Un enfoque esperanzador para la agricultura y la alimentación del siglo XXI*, Icaria, Barcelona.

Saravia P., 2011, "Las cooperativas agroecológicas como una alternativa a la producción, distribución y consumo de alimentos", *Revista Papeles* 115, pp. 149-158.

Saravia P., 2012, "Una mirada a dos experiencias de cooperativas agroecológicas. Los recorridos y discontinuidades de La Acequia y Hortigas", Tesis doctoral, Universidad de Granada, Granada.



Saravia P., 2014, "Interrogantes, desafíos y avances del modelo asambleario. Las prácticas políticas de dos experiencias de cooperativa agroecológicas", *Revista Sistema* 235, pp. 99-112.

Saravia P., 2015, "Los impactos internos. Una interpretación sobre las consecuencias de habitar un espacio de protesta agroecológico", *Revista Fermentum* 71 (en imprenta).

Tamayo J.J., 2011, "Boaventura de Sousa Santos: Hacia una sociología de las ausencias y las emergencias", *Utopía y praxis latinoamericana* 54, pp. 41-49.

Villasante T., 2006, *Desbordes creativos: estilos y estrategias para la transformación social*, La Catarata, Madrid.

Pablo Saravia es sociólogo por la Universidad de Concepción de Chile, Master en Historia con mención en América Latina por la Universidad de Santiago de Chile y en Problemas Sociales por la Universidad de Granada de España. Asimismo es Doctor en Sociología por la Universidad de Granada de España, Profesor del departamento de Sociología y Coordinador General del Observatorio de Participación Social y Territorio de la Universidad de Playa Ancha. Entre sus líneas de investigación prioritarias: sociología alimentaria, agroecología y soberanía alimentaria, movimientos sociales y estudios cualitativos.

pablo.saravia@upla.cl